

---

---

## Sobre el «Yo sé quién soy» (Una lectura del capítulo V del *Quijote*)

---

---

«Yo sé quién soy»

«Y, sin embargo, todavía no se ha dicho la última y más exacta palabra sobre el complicado personaje. Ninguna figura nos aparece tan de una pieza, y ninguna se hace más ambigua si se la considera detenidamente.»

Ernest Bloch (*El principio de esperanza*, tomo III. Pág. 139).

### Justificación de una lectura

Es el capítulo quinto de la primera parte del *Quijote* el que voy a someter a esta operación tan especial en que consiste una lectura crítica. Aislar este capítulo del conjunto al que pertenece es imposible; su cabal comprensión presupone el conocimiento de la totalidad de la que forma parte. Porque debo decir que no he abierto el *Quijote* al azar; en el capítulo elegido hay unas palabras que me atraen, que llamean para mí. Sobre ellas fundamentalmente va a estar centrado mi trabajo.

Salvador Pániker ha escrito en un libro reciente:

«Ya se sabe que todo escritor consume su vida escribiendo un solo libro. Un solo libro autoterapéutico. La vida no da para más. Hegel compuso un enrevesado tratado para resolver la fisura de la conciencia desventurada...»<sup>1</sup>

Aunque este trabajo no constituya un libro, sí tiene esa misma pretensión curativa. La fascinación que siento por esas palabras, denuncia el mal que padezco, la lepra que carcome mi alma. Una conciencia —la mía— encuentra en ellas la más profunda expresión de su desventura.

No es la primera vez que unas palabras o un tema prenden como una chispa en un alma haciéndola arder, haciendo un mismo estremecimiento de todas las fibras de nuestro cuerpo. Guardando las distancias, algo parecido le ocurrió a Rousseau en 1749, cuando yendo a visitar a Diderot entonces encarcelado, leyó en un periódico la convocatoria del concurso organizado aquel año por la Academia de Dijon, acerca del tema de «si el progreso de las Ciencias y de las Artes había contribuido a corromper o a depurar las costumbres». Quedó deslumbrado; aquel inquieto espíritu hasta entonces disperso, sintió que todas sus ideas se precisaban en un momento. «Así que hube leído esto —escribe en *Las Confesiones*— se abrieron a mis ojos nuevos horizontes

---

<sup>1</sup> *Aproximación al origen*, Barcelona, 1982. Pág. 13. También en la página 8 puede leerse: «Inesperadamente, y con un grado elevado de generalidad, la sociedad cibernética replantea el viejo tema hegeliano de la conciencia desventurada: el desgarramiento entre lo individual y lo universal...».

y me volví otro hombre...» Y añade: «Lo que recuerdo muy claramente en el caso presente es que al llegar a Vincennes me hallaba presa de una agitación que parecía un delirio.»

Con lo anterior sólo pretendo destacar que «el enfoque crítico» que deseo dar a mi lectura no es otro que el de mostrar en qué medida las palabras de Cervantes están vivas para mí <sup>2</sup>. Y digo Cervantes, porque más allá de la ociosa controversia, que dramatizó un tanto Unamuno, que «quijotismo» frente a «cervantismo», me atengo al hecho más evidente de que el autor fue siempre consciente de su obra <sup>3</sup>.

No se han agotado, ni es posible que se agoten, las interpretaciones del *Quijote*. Ortega y Gasset ya ponderó en sus famosas *Meditaciones* esa fertilidad:

No existe libro alguno —escribió— cuyo poder de alusiones simbólicas al sentido universal de la vida sea tan grande, y, sin embargo, no existe libro alguno en que hallemos menos anticipaciones, menos indicios para su propia interpretación. <sup>4</sup>

No sería honrado, sin embargo, ignorar que este tipo de «enfoque crítico» más o menos filosofante pueden hacérsele diversos reparos. Valera, en su famoso discurso sobre el *Quijote*, en 1864, escribió:

El otro género de comentario, el filosófico, es el que resueltamente no puedo aprobar, si por él se trata de persuadirnos de que un libro tan claro, en el que nada hay que dificultar y que hasta los niños entienden, encierra una doctrina esotérica, un logogrifo preñado de sabiduría. <sup>5</sup>

Es cierto que esta crítica la dirigía Valera a los excesos en que habían incurrido Benjumea y otros críticos de su jaez, y que por lo forzado e incluso arbitrario de sus interpretaciones, merecían las ironías del discreto escritor cordobés.

Yo debo dejar paladinamente claro, desde un principio, que no pretendo descubrir de una vez para siempre, aunque sólo sea el de un capítulo, el «sentido» del *Quijote*. Tampoco puedo sostener que Cervantes pusiera en él lo que yo leo. Lo que el genial autor hizo fue plantear una serie de situaciones humanas, de significativas y jugosas situaciones humanas, que pueden ser interpretadas una y otra vez sin agotarlas nunca, pues son cambiantes, como las aguas de un lago heridas por el sol, los visos y los ca-

---

<sup>2</sup> He escrito «mi lectura». Aunque la expresión pertenece al «corpus» de la teoría estilística de Riffaterre —y mi trabajo no tiene esa orientación— quiero confesar que el lector, que en este caso he sido yo, está prolongado en «archilector». (Tomo la expresión de sus *Ensayos de estilística estructural*. Barcelona, 1976. Págs. 55 y ss.). Quiero decir que «mi lectura» ha estado acompañada de un amplio repertorio de literatura crítica.

<sup>3</sup> Escribe Francisco Ayala: «Prescindiendo de las formulaciones toscas, y tan frecuentes en nuestro caso como indignas de atención, de la tesis de la pretendida inconsciencia de Cervantes, habría que considerar inconsciente a un autor en cuanto incapaz de explicar y explicarse por vías discursivas el sentido trascendente de su obra; pero consciente de él al mismo tiempo, en cuanto poseedor de la evidencia placentera de su logro.» De *Cervantes y Quevedo*, Barcelona, 1974, pág. 12. También en un ensayo de Aranguren, «Don Quijote y Cervantes», recogido en sus *Estudios literarios*, Madrid, 1976, se lee: «Conflicto que, puesto en la disyuntiva, yo figuraría más bien entre los cervantistas que entre los quijotistas, pero, como ya se ha declarado, me niego a tomar a Don Quijote separado del discurso cervantino» pág. 94.

<sup>4</sup> «Meditaciones del Quijote.» Madrid, 1975, 9.<sup>a</sup> ed. Pág. 141.

<sup>5</sup> «Sobre El Quijote: Y sobre las diferentes maneras de comentarlo y juzgarlo». Obras Completas, tomo III, Madrid, 3.<sup>a</sup> ed. Pág. 1084.

brilleos que nos emiten. En un conocido manual de teoría literaria, encuentro escrito lo siguiente:

La obra de arte literaria no es un hecho empírico, en el sentido de estado de ánimo de cualquier individuo dado o de cualquier grupo de individuos, ni es un objeto ideal inmutable como un triángulo. La obra de arte puede convertirse en objeto de experiencia; admitimos que sólo es accesible a través de la experiencia individual, pero no se identifica con ninguna experiencia.<sup>6</sup>

No está prohibido, creo, el intento de convertir una lectura en una singular experiencia individual. Lo que sí debe de estar prohibido es el apriorismo, el escolasticismo, la huera mecánica erudita o la receta aplicada sin inteligencia y, sobre todo, «aquella aberración del gramático —en expresión de Borges— que ve en la historia del hidalgo / que soñaba ser Don Quijote y al final lo fue, / no una amistad y una alegría, / sino un herbario de arcaísmos y un refranero.»<sup>7</sup>

En la misma línea de Valera, pero con la mirada puesta en las pasiones de nuestro tiempo, escribe Américo Castro:

Me parece, por consiguiente, tiempo perdido cualquier intento de buscar en Cervantes misterios herméticos o un manual de provechosa doctrina para los partidismos de nuestro tiempo. Lo, en cambio, indudable es que el *Quijote* se enfrenta con las jerarquías sociales de su tiempo, las seculares tanto como las eclesiásticas.<sup>8</sup>

El *Quijote* está abierto ante nuestros ojos, incitante y misterioso como cuando brotó de la pluma y el talento de su autor. Un libro tan original prohíbe la rutina; nos invita, en cambio, a aguzar nuestra inteligencia, para que sin leer entre líneas, sepamos leer con plenitud cada una de las palabras que contiene<sup>9</sup>. Al lector le está permitido adentrarse en ese mundo, contemplarlo desde las más personales perspectivas; pero sin olvidar nunca que una cosa es su mirada y la perspectiva adoptada, y otra el objeto contemplado. Menéndez Pelayo ya supo verlo así:

Cervantes no compuso o elaboró a Don Quijote por el procedimiento frío y mecánico de la alegoría, sino que le vio con la súbita iluminación del genio, siguió sus pasos atraído y hechizado por él y llegó al símbolo sin buscarlo, agotando el riquísimo contenido psicológico que en su héroe había.<sup>10</sup>

No voy a cerrar esta «justificación» sin transcribir algunas otras opiniones que apoyan mis supuestos. Pedro Salinas, en quien tantas sugerencias fecundas pueden encontrarse, contestaba a la pregunta: «¿De qué sirve hoy el *Quijote*?» de esta forma:

<sup>6</sup> RENÉ-WELLEK y AUSTIN WARREN: «Teoría literaria». Madrid, 4.<sup>a</sup> ed. Pág. 183.

<sup>7</sup> *Obra poética*. Madrid, 1972, pág. 249.

<sup>8</sup> «Cómo veo ahora el Quijote», estudio preliminar a la edición del *Quijote* de la editorial «Novelas y cuentos». Madrid, 1971; pág. 70.

<sup>9</sup> Sin embargo, todavía, hay críticos reticentes. Así Carlos Varo en su obra *Génesis y evolución del Quijote*, Madrid, 1968; págs. 23-4, escribe: «El libro más transparente se ha convertido en la biblia monumental para un reducido cenáculo de filósofos y esoteristas.» Y más adelante añade, cerrando toda nueva, y siempre posible interpretación: «... pues es un absurdo... pretender que todavía no se ha entendido a Cervantes». Amén.

<sup>10</sup> De la «Cultura literaria de Miguel de Cervantes y elaboración del Quijote», recogido en *San Isidoro, Cervantes y otros estudios*, Madrid, 1959, 4.<sup>a</sup> ed., pág. 122.